

ESPACIO Y DESARROLLO, N.º 16, 2004

LITERATURA Y PAISAJE: RECURSOS PARA EL DESARROLLO LOCAL

M. Panadero Moya y F. J. Jover Martí¹

¹ El doctor Miguel Panadero es decano de la Facultad de Letras de la Universidad de Castilla-La Mancha, Paseo de la Universidad, 4, 13071. Ciudad Real, España. Correo electrónico: <mpanade@geot-cr.uclm.es>.

RESUMEN

El turismo tiene en el paisaje un bien económico cada vez más valorado. Este recurso que ha sido incorporado rápidamente al conjunto de productos explotados en esta actividad. Existen diversas modalidades de acercamiento a los paisajes; por ejemplo, la lectura de textos literarios facilita la conformación de paisajes ideales en la imaginación de los lectores. Estos paisajes son recreados por un autor por medio de su personal experiencia; su descripción integra elementos del medio natural y de la cultura, y nos ayuda a comprender el espacio que es patrimonio de la geografía. Las estrategias de desarrollo local no han permanecido al margen de esta corriente de valorización del paisaje y han integrado, en ella, tanto las formas reales como sus representaciones ideales por medio de la literatura. La conmemoración del cuarto centenario de la aparición de la edición príncipe de las noveladas aventuras de Don Quijote de La Mancha está impulsando una proliferación de iniciativas dirigidas a apoyar el turismo rural en la región española denominada La Mancha, como parte de sus estrategias de desarrollo local.

Palabras clave: turismo cultural, rutas del Quijote, La Mancha.

ABSTRACT

Tourism has in landscape a very valuable economic good. This is a resource that has been quickly incorporated to the set of exploited products to tourism. There are many different ways to approach landscapes. Reading literary documents eases the idealization of landscapes in the people's minds. These landscapes have been recreated by an author through his own experience. Its description that integrates natural and cultural elements, helps us to understand space that is patrimony of geography. Local strategies for local development have not remained marginal to this thought of landscape valuation, integrating in it the real shapes and their ideal representations through literature. The fourth centenary commemoration of the prince edition of Don Quijote de La Mancha's adventures is giving force to the proliferation of initiatives

to support rural tourism in the Spanish region called La Mancha, as part of its strategies of local development.

Keywords: cultural tourism, Quixote's itineraries, La Mancha.

1. LA VALORIZACIÓN DEL PAISAJE LITERARIO

El paisaje se ha convertido en las últimas décadas en uno de los recursos habituales que se ofrecen al turismo masivo. Al extenderse esta actividad económica por todos los rincones del planeta se ha acentuado su consideración como un bien susceptible de generación de rentas. Para las estrategias de desarrollo local no ha pasado inadvertida esta condición, y cuando se efectúa en cada lugar el inventario de sus propias posibilidades de oferta, la identificación de sus potencialidades está siempre presente de variadas maneras. Pero ¿qué debemos entender aquí como paisaje?

Consideramos el concepto de paisaje, coincidiendo con la reflexión de Milton Santos (1996), como «conjunto de formas que, en un momento determinado, expresan la herencia de las sucesivas relaciones desarrolladas en un lugar entre los hombres y la naturaleza» (Panadero Moya 2001: 179). Los paisajes se crean como consecuencia de la interacción del hombre con la naturaleza, son el fruto de una evolución temporal en la que unos escenarios han ido sucediendo a otros. Su grado de transformación está vinculado al tipo de actividad desarrollado por los hombres y por eso distinguimos, superpuestos al medio natural, paisajes agrarios, rurales, industriales, urbanos...; el paisaje es así un objeto complejo que puede mostrar múltiples facetas en la realidad.

El conocimiento de los paisajes cotidianos se adquiere normalmente mediante la observación directa; pero también se puede obtener por otros medios. Como todo sistema material, sus formas tienen «una extensión en el conjunto de las representaciones que existen de los mismos en el mundo de las ideas, la experiencia vivida y el arte» (Sanz Herraiz 2000: 283). Quienes desconocen un determinado lugar pueden concebir una imagen de su paisaje por medio de las impresiones proporcionadas por otras personas. Así sucede con algunos textos literarios cuya lectura facilita la conformación de paisajes ideales en la imaginación de los lectores. Se trata entonces de paisajes creados por un autor a partir de su personal experiencia, que sirven de escenario para el desarrollo de la trama argumental que ha ideado. La descripción de estos paisajes, al integrar elementos del medio natural y de la cultura, comporta una invitación a la comprensión de un espacio geográfico vivido. Los ejemplos son numerosos y se extienden por todas las latitudes y todas las épocas.

Un ejemplo interesante lo constituye la novela más importante de la literatura universal, el relato de las aventuras de Don Quijote de La Mancha. Es el caso que nos importa en esta ocasión. A pesar de las frecuentes alusiones a la ausencia de referencias geográficas en sus páginas por parte de algunos comentaristas literarios, creemos que para muchas personas la primera noticia y conocimiento que se tiene de esa extensa porción de la geografía de España que es La Mancha está emparentada con el imaginario de don Miguel de Cervantes. La realidad y la ficción se mezclan en las interpretaciones que después de la lectura de su novela se han hecho durante los cuatrocientos años transcurridos desde su primera publicación. En este tiempo se ha construido una imagen del paisaje de La Mancha que acompaña a sus protagonistas

en cualquier rincón del planeta donde estos vuelven a ser retomados como bien cultural. En la presente etapa de expansión universal de la actividad turística no podía pasar desapercibida esta realidad. Así es, en efecto, y ahora las imágenes de La Mancha y su paisaje están siendo explotadas por los habitantes de esta región como reclamo turístico de primer orden dentro de sus estrategias de desarrollo local.

2. EL PAISAJE COMO RECURSO PARA EL DESARROLLO LOCAL: LA RED ROCINANTE

En esa revalorización de la interacción del hombre con la naturaleza, ya anotamos que el paisaje adquiere la condición de recurso para el desarrollo territorial, en particular, como objeto de aprovechamiento turístico. En la práctica de este tipo de actividad, los paisajes naturales tenían una posición destacada, debido a que han sufrido los efectos de la presencia humana en menor medida y conservan el prestigio de una supuesta originalidad. Pero también la tienen otros derivados de la antropogénesis, sobre todo los rurales, que pueden presentarse más cargados de significados culturales. La adición de ambas propiedades en un entorno geográfico concreto se considera que podría mejorar su valoración como recurso. El caso que se presenta seguidamente ilustra esa situación.

Una de las iniciativas de desarrollo local más interesantes que se ha puesto en marcha recientemente en la Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha es la creación de una malla de corredores ecoturísticos bautizada con el nombre de la cabalgadura que llevó a Don Quijote en su periplo literario. La base que sustenta esta «Red Rocinante de corredores ecoturísticos» está constituida por los recursos naturales y culturales de las zonas rurales de esta región. Su objetivo es vertebrarlos secuencialmente como producto turístico para atraer visitantes que puedan disfrutar del paisaje de sus diversas comarcas. Se trata de una oferta de turismo integrado, que se basa en la contemplación del paisaje rural humanizado y de las áreas de naturaleza preservada, una alternativa que se pretende sirva de complemento al turismo cultural desarrollado en las áreas urbanas (Toledo, Cuenca, Almagro, Alcaraz...), una modalidad turística bastante consolidada en esta región.

Para implementar el proyecto se cuenta con unos seis mil kilómetros de red ecoturística ordenada. Esta longitud corresponde a dos tipos de vías de, aproximadamente, tres mil kilómetros cada una. A la primera pertenecen las «Carreteras de interés paisajístico». Este tipo de ruta está constituido por carreteras de las redes regional y comarcal de interés paisajístico y medioambiental, que acceden a los principales espacios naturales de la región y enlazan a su vez lugares destacados del patrimonio artístico-monumental, histórico y de la cultura tradicional de la región. La segunda se forma por los «Itinerarios no motorizados», ubicados en un trazado con un recorrido más o menos paralelo al anterior. Estos últimos itinerarios se pueden recorrer a pie, en bicicleta, a caballo o, incluso, en algún caso, en una embarcación, utilizando para ello los trazados tradicionales de antiguas vías pecuarias, tramos de viejos caminos de

herradura, plataformas ferroviarias en desuso o cauces fluviales. Este producto turístico está pensado para los amantes de la naturaleza que buscan un contacto más directo con ella; su trazado comunica toda la red de parques, reservas naturales y puntos panorámicos singulares diseminados por toda la región. Determinados «Puntos de aparcamiento» sirven a su vez de conexión entre las «Carreteras de interés paisajístico» y los «Itinerarios no motorizados». Estos nodos coinciden con los hitos panorámicos más destacados y desde ellos se pueden alternar las dos modalidades de recorrido, los tramos en automóvil y los de otros medios más reposados que proporcionan un disfrute más sosegado de los atractivos paisajísticos. Se supone que, con un aprovechamiento condicionado por una atenta preservación del entorno como base del desarrollo, la red Rocinante servirá para incentivar las economías locales y valorizar sus recursos.

El turismo tiene una enorme capacidad de transformación del paisaje. A veces los cambios muestran efectos perjudiciales irreversibles, pero en otras ocasiones las nuevas funciones económicas desarrolladas en ese territorio permiten que los paisajes originales se revaloricen con una nueva imagen. Así debe suceder con las iniciativas de promoción del turismo que se basan en los principios defendidos por el *desarrollo sostenible*. Otro ejemplo lo constituyen las distintas propuestas de rutas del Quijote que han vuelto a promocionarse con renovados bríos aprovechando la circunstancia de cumplirse en el año 2005 el cuarto centenario de su edición original. La conmemoración de este hecho viene acompañada de un gran impulso al desarrollo turístico regional, una de las acciones preferidas por los actores del desarrollo local de las zonas rurales de La Mancha, en España.

3. ELEMENTOS DEL PAISAJE DE LA MANCHA DEL QUIJOTE

El primer punto para considerar es el de la delimitación de La Mancha, escenario de las aventuras de Don Quijote, por cuanto el alcance territorial de esta extensa comarca ha tenido numerosos cambios en los últimos siglos. Situada en el centro de la submeseta meridional de la Península Ibérica, en las llanuras de La Mancha se distinguía en tiempos de Cervantes entre una Mancha Baja y otra Alta. Integran la primera los Campos de Calatrava y de Montiel, ambos situados junto a Sierra Morena; pertenecía a la segunda la planicie ubicada al norte de la anterior, comprendida entre los Montes de Ciudad Real y las primeras elevaciones de la Serranía de Cuenca. Pero antiguamente solo se conocía una única Mancha, llamada de Monte Aragón, topónimo asignado al territorio situado entre los límites de los reinos de Valencia y Murcia, y las inmediaciones de la villa de Belmonte, en los humedales asentados entre la cabecera del Guadiana y el curso medio del río Júcar.

La repoblación medieval de esta zona peninsular había sido efectuada a partir del siglo XIV por varias órdenes militares: al nordeste, por la de San Juan, con su priorato en Consuegra; el sudoeste fue otorgado a la de Calatrava, que lo regía desde Almagro; y al este, se instaló la de Santiago, fronteriza, a su vez, por el sureste con las tierras

también manchegas del influyente Marquesado de Villena. La principal impulsora de la expansión del poblamiento de esta zona del interior de la Península Ibérica fue la Orden de Santiago. Sus dirigentes habían reunido a sus poblaciones en tres *comunidades* o asociaciones de pueblos de una misma jurisdicción con fines ganaderos y fiscales, que tenían sus sedes administrativas en Uclés (Común de Uclés), Quintanar (Común de la Mancha) y Villanueva de los Infantes (Campo de Montiel). El Común de La Mancha, en 1603, según el libro de visitas de la Orden santiaguista, tenía como principales poblaciones a Campo de Criptana (1 514 vecinos), Corral de Almaguer (1 228 vecinos), El Toboso (1 200 vecinos), Socuéllamos (800 vecinos), Quintanar (790 vecinos), Mota del Cuervo (750 vecinos) y Villamayor (640 vecinos) (Martín de Nicolás 1988: 37-44). En dos de ellas, Criptana y La Mota —con una población estimada en seis mil habitantes para la primera, y tres mil para la segunda— se encontraban importantes concentraciones de molinos de viento. En un primer acercamiento al paisaje de La Mancha de Don Quijote encontramos en el relato frecuentes referencias a los componentes del espacio rural de su época.

3.1. La descripción del medio físico

La aventura se inicia en un amanecer de la estación veraniega, cuya atmósfera es descrita por don Miguel de Cervantes siguiendo la culterana moda de su tiempo: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y [...] la rosada aurora [...] por las puertas y balcones del manchego horizonte [...] se mostraba, cuando [...] comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel» (1998, 1.ª parte, capítulo II).² Al recorrer el itinerario seguido en sus tres salidas, el protagonista tuvo que pasar necesariamente por varias de las zonas húmedas, junto a las numerosas lagunas esteparias que se encuentran en la llanura manchega. Al autor del relato, sin embargo, no le interesó ocuparse de este elemento del medio natural. Solo advertimos su presencia cuando hace descansar a sus personajes en varias ocasiones en parajes que describe como prados llenos de fresca hierba. Sí, dejó constancia de numerosos pequeños arroyuelos en las partes de su periplo que transcurren sobre paisajes montanos de la periferia occidental de La Mancha y, especialmente, de la singularidad del curso de su río principal, el Guadiana, y de las Lagunas de Ruidera de su cabecera.

Los datos biogeográficos que sirven de encuadre de las aventuras de Don Quijote son, asimismo, muy numerosos. Los diferentes tipos de árboles y arbustos característicos de la vegetación de la submeseta meridional, así como las especies más frecuentes que componen su fauna llenan las páginas de la novela. Liebres, cuervos, grajos, murciélagos, lobos y otras fieras se mueven por ellas a menudo. Los árboles y arbustos de

² De ahora en adelante haremos referencia, simplemente, a la ubicación de los fragmentos citados en la novela.

requerimientos edáficos silicícolas y de mayor demanda de humedad ambiental —como el acebo, los castaños, hayas, alcornoques y jaras— aparecen en las etapas de la historia que se desarrollan en la parte occidental de su recorrido. Los bosques residuales de encinas que resistieron a las numerosas roturaciones de los siglos XIV al XVI están presentes por todo él formando florestas y bosquetes por las laderas de Sierra Morena y de los montes de Ciudad Real, por la llanura sedimentaria manchega central, en las colinas calizas del Campo de Montiel y por la Mancha de Aragón. Arbustos subseriales y matorrales mediterráneos, propios de los ambientes más secos, característicos de la mitad oriental de la submeseta, como las retamas, adelfas, romero, cambroneras y cabrahigos, cumplen el mismo cometido en el recorrido por esta otra parte de influencias climáticas levantinas de la ruta de Don Quijote.

Con estos elementos del medio físico se componen en muchas ocasiones verdaderos recuadros naturalistas que desmienten la reiterada negación de la existencia de paisaje en las páginas del Quijote. Tal vez sea la más conocida de sus descripciones de un paisaje que se mostraba desbordante de animada actividad, esta rememoración de la excelencia de la vida campestre de raíces horacianas con la que deslumbró Don Quijote a los asombrados cabreros de la sierra de las proximidades de Puerto Lápice:

Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados [...] a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que libremente les estaban convidando con su dulce sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en el hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas [...]. (1.ª parte, capítulo XI)

3.2. Las referencias a elementos del paisaje rural

Tampoco faltan las descripciones del paisaje rural. Sus estructuras, y la actividad que en ellas se realiza, son utilizadas una y otra vez como elementos necesarios para componer la escena en la que se desarrolla la acción. La vivienda, con su forma y organización, es una de ellas, como sucede con la del Caballero del Verde Gabán de la que, por desgracia, solo nos presenta el autor una pequeña referencia:

Halló don Quijote ser la casa de don Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas, [...] aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega, en el patio; la cueva, en el portal, y muchas tinajas a la redonda [...]. Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor de esta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia [...]. (2.ª parte, capítulo XVIII)

No son muchas las poblaciones expresamente mencionadas en la novela. Quintanar, Puerto Lápice, Ciudad Real, Tirteafuera, El Viso, Almodóvar del Campo y, sobre todo, El Toboso. La descripción de los pueblos donde vivían los principales protagonistas del relato, con el acontecer del innominado lugar en el que residían Don Quijote y Sancho, y la pintura realista de la que se califica como «gran ciudad» del Toboso en la que la idealizada Dulcinea residía y hacía sus labores, los podemos conocer un poco más.

El cuadro de la vida campestre del primer caso se describe en los capítulos finales de la novela, en el retorno a su casa:

Y siguiendo su camino [...] subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea [...]. Con esto bajaron de la cuesta, y se fueron al pueblo. [...] A la entrada del cual [...] vio Don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos muchachos [...] por aquella campaña venía huyendo una liebre seguida de muchos galgos y cazadores, la cual, temerosa, se vino a recoger y agazapar debajo de los pies del rucio. [...] pasaron adelante, y a la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al cura y al bachiller Carrasco [...]. Finalmente, rodeados de muchachos y acompañados del cura y del bachiller, entraron en el pueblo, y se fueron a casa de Don Quijote [...]. (2.^a parte, capítulos LXXII y LXXIII)

La descripción del ambiente nocturno del Toboso rural, una de las mayores y más importantes poblaciones de La Mancha en tiempos de Cervantes, es más extensa:

Medianoche era [...] cuando [...] entraron en el Toboso. [...] No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros... De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, maullaban gatos, cuyas voces, de diferentes sonidos, se aumentaban con el silencio de la noche [...]. Guió don Quijote, y habiendo andado como doscientos pasos, dio con el bulto que hacía la sombra, y vio una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo [...]. (2.^a parte, capítulo IX)

A continuación, un mozo de mulas que salía a realizar su faena acostumbrada a tan temprana hora, al dar respuesta a la pregunta del protagonista principal acerca de la situación de «los palacios» de doña Dulcinea, complementa la caracterización de la sociedad rural: «[...] yo soy forastero y ha pocos días que estoy en este pueblo sirviendo a un labrador rico en la labranza del campo; en esa casa frontera viven el cura y el sacristán del lugar; [...] sabrá dar [...] razón... porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna; muchas señoras, sí, principales, que cada una en su casa puede ser princesa. [...] adiós, que ya viene el alba» (2.^a parte, capítulo IX).

La venta, con sus corrales y sobrados, es el otro elemento de la arquitectura rural que posee una presencia destacada en el paisaje del Quijote. Dos de ellas tienen un papel especial, la que sirvió para su investidura como caballero y la que fue escenario de múltiples aventuras y desventuras de sus protagonistas. En la primera se cuenta

como eran sus dependencias externas: «[...] dio luego orden como velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba; y recogíendolas Don Quijote todas las puso sobre una pila que junto a un pozo estaba [...] y se comenzó a pasear delante de la pila [...]» (1.ª parte, capítulo III). La segunda es la *venta del manteo*, una venta de la que se dice que era más bien pequeña, situada a más de treinta leguas de El Toboso, en el camino de Andalucía, a día y medio de Sierra Morena, y a menos de dos jornadas del pueblo de Don Quijote, el cual, a su vez, estaba en el camino de Cartagena. Descrita así en distintos momentos del relato, nos introduce en su interior y nos muestra algunos otros elementos del conjunto edificado:

[...] hicieron una muy mala cama a Don Quijote, en un camaranchón que, en otros tiempos, daba manifiestos indicios de haber servido de pajar muchos años [...]. El duro, estrecho y fermentido lecho [...] estaba, primero, en mitad de aquel estrellado establo [...]. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara, que, colgada en medio del portal, ardía. [...] en toda la venta no había ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por defuera [...]. (1.ª parte, capítulos XVI y XLIII)

En ella, según comenta el ventero, cuando era tiempo de la siega, se recogían durante las fiestas muchos segadores, anotando que siempre había alguno que sabía leer (1.ª parte, capítulo XXXII).

Arrieros, carreteros, boyeros, cuadrilleros y viajeros de toda condición que pasaban por el Camino Real eran sus visitantes habituales. Estos, para resguardarse de las incomodidades del viaje disponían de carruajes y complementos diversos: «[...] asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito [...]. Traían sus anteojos de camino y sus quitasoles. Detrás ellos venía un coche, con cuatro o cinco de a caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas a pie. Venía en el coche [...] una señora vizcaína, que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con un muy honroso cargo [...]» (1.ª parte, capítulo VIII).

Las actividades del sistema agrario y la organización social campesina tienen también su presencia en el relato. Roturaciones y sembradura, las huertas, el viñedo y el olivar, la alternancia de cultivos, las relaciones sociales en la vida campesina, el régimen de tenencia, elementos que permiten identificar los espacios agrarios; todo ello es igualmente explicado por sus protagonistas. En la sentida historia de Grisóstomo y Marcela, el cabrero de la sierra de la Calderina, Pedro, describe las características de la vida rural y el funcionamiento del sistema agrario al referirse a Crisóstomo:

[...] era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas tierras [...] su padre y sus amigos hacían lo que él les aconsejaba, diciéndoles: «Sembrad este año cebada, no trigo; en éste podéis sembrar garbanzos y no cebada; el que viene será de guilla de aceite; los tres siguientes no se cogerá gota» [...] Grisóstomo [...] quedó heredero de mucha cantidad de hacienda, así en muebles como en raíces, y en no pequeña cantidad de ganado, mayor y menor [...]. (1.ª parte, capítulo XII)

En cuanto a Marcela, se trataba de una muchacha rica que, a la muerte de su padre, quedó bajo la tutela de un tío suyo, sacerdote y beneficiado de su lugar, y que en su orfandad había decidido «[...] irse al campo con las demás zagalas del lugar y dio en guardar su mismo ganado [...]» (1.^a parte, capítulo XII).

Esta manifestación de autogobierno de los asuntos de su interés, por parte de la mujer, la encontramos también en la historia de Luscinda, quien afirma en otro momento que ella «[...] era señora de [...] su hacienda: por mí se recibían y despedían los criados; la razón y cuenta de lo que se sembraba y cogía pasaba por mi mano; los molinos de aceite, los lagares de vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas» (1.^a parte, capítulo XXVIII). Otras labores menos especializadas ocupaban a las mujeres de más baja condición social, como las que pensaba encontrar Sancho en su visita al Toboso por mandato de Don Quijote, que «[...] podría ser que al tiempo que ellos llegasen estuviese ella rastrillando lino, o trillando en las eras [...]» (1.^a parte, capítulo XXV), y de quien decía más tarde haber recibido lo que era acostumbrado: «[...] un pedazo de pan y queso, que esto fue lo que me dio mi señora Dulcinea, por las bardas de un corral, cuando de ella me despedí; y aún, por más señas, era el queso ovejuno» (1.^a parte, capítulo XXXI). Pan, queso, vino, vinagre, aceite, sal y romero, ocupaban la despensa y eran los ingredientes comunes en los guisos de la cocina manchega de aquel tiempo; los cuatro últimos fueron también los que pidió Don Quijote al ventero, supuesto alcaide del imaginado castillo que lo acogía, para fabricar la amarga salsa que él tenía por salúfero «bálsamo de Fierabrás» (1.^a parte, capítulo XVII). Animales domésticos (perros, gatos, puercos, jumentos...), montes, colmenas, leñas y caza, majadas, pastos y ganado equino, ovino (carneros y ovejas), vacuno (vacas y bueyes), y cabrío; todo esto formaba parte, asimismo, de las explotaciones agrarias, ganadera y forestal.

Dentro del conjunto de las actividades económicas tenían un destacado papel las industriales, especialmente la molturación y la elaboración de paños. Lagares, molinos hidráulicos y de viento, y ruidosos batanes, cubrían estas necesidades básicas de la población rural del siglo XVI. Las aparatosas instalaciones de estos dos últimos artefactos también atrajeron la atención del autor, quien las hizo figurar en su obra como escenario de algunas de sus aventuras más populares. El impetuoso embate contra los supuestos gigantes, que no eran tales sino molinos de viento, es una de ellas; la otra, la pintoresca historia de los batanes, que da la oportunidad para describir el industrial paisaje del Guadiana en la periferia de la llanura manchega.

Esta última aventura tiene como fondo los parajes de la dehesa Zacatena, un prado «colmado de verde y menuda yerba [...]», donde el autor hace descansar a sus protagonistas tras envolverles en la oscuridad de la noche y en el irracional miedo ante lo desconocido; estos elementos percibidos son un dato más de la composición del paisaje:

[...] comenzaron a caminar por el prado arriba a tiento [...] mas no hubieron andado doscientos pasos, cuando llegó a sus oídos un grande ruido de agua, como que de

algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido [...] oyeron a deshora otro estruendo [...] oyeron que daban unos golpes a compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, acompañados del furioso estruendo del agua [...]. Era la noche [...] oscura, y [...] acertaron a entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacían un temeroso y manso ruido [...] [que dejó paralizados a Don Quijote y a su escudero]. Acabó en esto de descubrirse el alba [...] comenzó a caminar hacia la parte de donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venía [...] y habiendo andado una buena pieza [...] dieron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacía, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua. Al pie de las peñas estaban unas casas [...] de entre las cuales advirtieron que salía el ruido y estruendo [...] se fue llegando poco a poco a las casas [...] cuando [...] al doblar de una punta, pareció descubierta y patente la misma causa [...] de aquel horrísono y para ellos espantable ruido [...] eran [...] seis mazos de batán, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. (1.ª parte, capítulo XX)

Finalmente, las referencias al saber tradicional y a las costumbres y usos populares completan el cuadro. Un ejemplo es el de las rogativas, para conseguir mediante la intercesión de los santos una buena cosecha. El calendario festivo también, en particular la difusión de las fiestas de carnaval, que sirve de referencia a los jocosos comentarios de la aventura del «cuerpo muerto» trasladado por una extraña comitiva desde Úbeda a Segovia a su paso por los caminos de La Mancha en plena noche. Y por último, la práctica teatral, por parte de compañías ambulantes que se desplazaban de unos pueblos a otros. Algunas se dedicaban a contar temas sagrados, como la de Angulo el Malo. Otras representaban temas profanos, como hacía la de Maese Pedro: «[...] un famoso titiritero, que ha muchos días que anda por esta Mancha de Aragón enseñando un retablo de la libertad de Melisendra [...] que es una de las mejores y más bien representadas historias [...]» (2.ª parte, capítulo XXV).

Por medio del relato podemos conocer la existencia de La Mancha como un espacio construido por numerosos lazos fraternales (Thomas de Carranza 1987: 115) y entrever una comunidad formada por pueblos o ciudades menores, donde las gentes mantenían encuentros frecuentes. Esta condición se manifiesta en la trama de las historias intercaladas en la propia de Don Quijote, en sus expresiones de compromiso personal, o en las preocupaciones que muestran sus convecinos —el cura, el barbero, el bachiller— por todas las incidencias que le suceden al protagonista.

En su primera salida, después del tropiezo con el grupo de mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia, Don Quijote es auxiliado por un labrador de su mismo lugar que ocasionalmente pasaba por allí y que espera a la caída de la noche para que tuviera la mayor discreción posible el vergonzante regreso del maltrecho hidalgo a su casa: «Y quiso la suerte que [...] acertó a pasar por allí un labrador [...] que venía de llevar una carga de trigo al molino [...] Pedro Alonso, su vecino. [...] llegaron al lugar a la hora que anochecía; pero el labrador aguardó en que fuese algo más de noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo, y en la casa de don Quijote [...]» (1.ª parte,

capítulo V). Como bien han observado tantos lectores de la novela, las relaciones sociales tenían en La Mancha una dimensión muy personal y humana, y eran una práctica habitual las manifestaciones de solidaridad y respeto mutuo.

4. LA RUTA DEL QUIJOTE: PRODUCTO TURÍSTICO PARA EL DESARROLLO LOCAL

A lo largo de la obra de Cervantes, la imprecisa identificación de los lugares que visitó su protagonista constituye una nota dominante. El autor, premeditadamente, lo quiso hacer así dejando la puerta abierta a todo tipo de interpretaciones futuras. Con el transcurso del tiempo han sido muchos los que se han apresurado a trazar rutas que enlazan poblaciones y parajes que se proclaman seguro escenario de las aventuras literarias del famoso hidalgo manchego. Así, la ausencia en el texto de una ruta del Quijote explícita ha sido aprovechada por instituciones, asociaciones de municipios o localidades de La Mancha histórica para crear las suyas y con este reclamo dar a conocer sus recursos territoriales, con lo que se han beneficiado de las oportunidades que el relato ofrece al sector turístico. Han surgido de este modo diferentes rutas.

Existe un antiguo trazado de la ruta, delineado por D. Tomás López hacia 1765, en el *Mapa de una porción del Reyno de España que comprende los pasages por donde anduvo Don Quixote, y los sitios de sus aventuras*. Fue realizado 160 años después de la primera edición, y oficialmente adoptado por la Real Academia Española de la Historia en 1780. Pero este fue solo el principio. Los estudios acerca del alcance territorial de la obra continuaron siendo numerosos en los siglos siguientes y en ellos cada cual ha podido conjeturar su propia conclusión.

Hoy, el portal <www.castillalamancha.es> presenta uno de los más característicos trazados de la ruta de Don Quijote. El trayecto discurre por varias provincias de la región castellano-manchega. Los parajes que en él se incluyen muestran las imágenes del paisaje y la arquitectura regional más difundidos. Esta ruta parte desde Consuegra, pasando por Madridejos, Camuñas, Puerto Lápice, Argamasilla de Alba, Ruidera, Ossa de Montiel, Belmonte y Los Hinojosos, para concluir en El Toboso. Cuenta con el apoyo institucional y ubica sus puntos claves en Argamasilla de Alba y El Toboso.

Otras asociaciones también han elaborado su propuesta alternativa. Acciones Integradas de Desarrollo presenta la ruta que pudo seguir Don Quijote por el Campo de Montiel en su página <www.accindes.org/ruta_don_quijote/mapmonti.htm>. Se describe en ella la segunda y tercera salidas y el camino que supuestamente siguió Sancho para llevar una carta a Dulcinea, así como las aventuras que en el transcurso de la historia acontecieron. De esta manera, se puede disfrutar de los recursos naturales y culturales que ofrece el territorio del Campo de Montiel como motivo literario. Se puede entretener el trayecto con la lectura de pasajes de la obra cervantina y recrear así las aventuras de sus protagonistas.

A la vez, la Asociación Comarcal Don Quijote de La Mancha, que agrupa a dieciséis municipios de la comarca toledana de Ocaña, también ofrece diversas rutas. Una de

ellas es la Vía Verde de Don Quijote, que enfatiza también su riqueza monumental, una variada artesanía y producción gastronómica basada en la actividad cinegética.

Otra nueva ruta se ofrece por medio de Internet en <www.guiarte.com>. Diseñada como una enorme traza en el mapa de la región, se desarrolla a través de cuatro etapas. Va desde Puerto Lápice hasta Belmonte en su primera etapa. La segunda se desarrolla desde esta localidad hasta Ciudad Real, pasando por Tomelloso, Argamasilla de Alba y Daimiel. La tercera discurre desde Ciudad Real hasta Valdepeñas pasando por Almagro y Moral de Calatrava. Concluye la cuarta etapa con salida en Valdepeñas y meta final en Ruidera.

Las renovadas carreteras que cruzan la región en todas las direcciones facilitan un acceso rápido a cualquier lugar de estas rutas. Pero hay otras muchas maneras de recorrer los caminos de las aventuras de tan caballeroso personaje. Se puede transitar andando, en bicicleta, a caballo, entre otros medios de transporte. El objetivo de las administraciones públicas es colocar todos los recursos que el entorno natural y cultural pone a disposición del viajero para su uso y disfrute. Muchos de estos recursos estaban en desuso e infravalorados, y han encontrado en este tipo de iniciativas un renovado valor. Así pasa con las Cañadas Reales y viejas plataformas de ferrocarril, antiguas actividades prácticamente abandonadas con perjuicio para las poblaciones situadas junto a ellas que ahora se han visto beneficiadas con las nuevas iniciativas que se promueven con las acciones de desarrollo local.

En este proceso, el paisaje recreado por la novela se ha transformado en elemento de primer orden dentro de la oferta turística regional. La azarosa historia de Don Quijote jugó un papel esencial para difundir la imagen de los modos de vida y del mundo rural de La Mancha. La realidad y la ficción se han mezclado y aparecen unidas en las interpretaciones que de esta novela se han hecho a lo largo de cuatro siglos. La lectura del Quijote con una mirada geográfica permite conocer los elementos que forman el escenario y, además, entre los lances de la aventura, descubrir la vida que anima al paisaje, transformado ahora, como señalaba Milton Santos en su reflexión teórica, en espacio geográfico. Es este último, siempre presente en las diferentes rutas culturales del Quijote que se han citado, así como en las otras muchas propuestas similares que —como la Red Rocinante— tratan de aprovechar los elementos del medio natural, el basamento de la utilización de tales recursos para la promoción del desarrollo local.

BIBLIOGRAFÍA

CERVANTES SAAVEDRA, M. DE

1998 *Don Quijote de La Mancha*. Madrid: Edimat Libros.

MARTÍN DE NICOLÁS, J.

1988 «La reconstrucción del Común de La Mancha (1480-1603)». En *Conflictos sociales y evolución económica en la Edad Moderna (1)*. Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Tomo VII. Talavera (Toledo): Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, pp. 37-44.

PANADERO MOYA, M.

2001 «Los territorios homogéneos como base del desarrollo rural». En F. Pillet Capdepón y J. Plaza Tabasco (coords.). *Lecciones de desarrollo rural. Una aproximación desde y para Castilla-La Mancha*. Castilla-La Mancha: UCLM y CEDERCAM, pp. 179-182. [CD-ROM].

2004 «El espacio geográfico del Quijote». Ejemplar mecanografiado.

PELLICER, J. A.

1996 «Descripción geográfico-histórica de los viajes de don Quixote de La Mancha». En [1799] *El ingenioso hidalgo don Quixote de La Mancha compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra... Parte segunda, tomo VIII. En Madrid por don Gabriel de Sancha. Año de MDCCLXXXIX* [sic]. Edición facsimilar. Toledo: Cortes de Castilla-La Mancha.

SANCHO COMINS, J. y M. PANADERO MOYA (coords.)

2004 *Atlas de turismo rural de Castilla-La Mancha*. Madrid: IGN-JCCM-UAH-UCLM.

SANTOS, M.

1996 *A natureza do espaço. Técnica e tempo. Razão e emoção*. São Paulo: Hucitec.

SANZ HERRAIZ, C.

2000 «El paisaje como recurso». En E. Martínez de Pisón y C. Sanz Herraiz (eds.). *Estudios sobre el paisaje*. Murcia: Fundación Duques de Soria y UAM, pp. 281-291.

THOMAS DE CARRANZA, M.

1987 «La aventura del tiempo en el Quijote». En Ayuntamiento de Esquivias. *Homenaje de Esquivias a Cervantes*. Salamanca: Gráficas Cervantes, pp. 113-150.